

*El discreto encanto
de la infidelidad*

Anna R.  Alós

© **Anna R. Alós**

© **Todos los derechos reservados**

Primera edición: Noviembre 2010 (Esencia - Planeta)

Segunda edición: Abril de 2022 (Palabras en fila - Amazon)

El contenido de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta y las ilustraciones, no se puede reproducir, almacenar en un sistema de recuperación o transmitir por cualquiera de otros medios (electrónicos, mecánicos, fotocopias, grabaciones u otros) sin el consentimiento previo del autor o según lo dispuesto en la Ley de Derecho de Autor, Diseños y Patentes de 1988; o en los términos de cualquier licencia que permita la realización de copias limitadas expedidas por la Agencia de Licencias de Copyright.

© **Autora:**

Anna R. Alós

anna.alos@yahoo.es

www.annaralos.com

© **Diseño de portada y maquetación:**

Albert Ventosa y Alfonso Sostres de Graphic Hunters

www.graphichunters.barcelona

© **Ilustraciones:**

Manu Julián

@manu.j.drawings

*La mayor infidelidad
es la que quebranta un buen recuerdo.*



El origen: un par de cuernos

La mejor forma gráfica de entender la infidelidad es con un buen par de cuernos. Hay que rescatar el origen del porqué para entenderlo pues ya se sabe que cualquier frase, refrán o pensamiento popular se sustenta sobre bases reales. Aunque después la evolución y los cambios, interesados siempre, de los teóricos de la moral adapten a su conveniencia los principios éticos y estéticos, siempre hay que rescatar de la Historia, que es sabia por vieja, el comienzo de todo.

Comenzó como símbolo de hombría, y era a la mujer a quien le estaba reservado dentro del matrimonio la acción de la infidelidad como fuente extra de ingresos familiares. El marido consentía sus prácticas sexuales con otros hombres a cambio de dinero y de ahí ya surge uno de los primeros dichos populares: “los cuernos son como los dientes, duelen al salir pero sirven para comer”. A todo ello el marido debía estar informado en todo momento. “Quien avisa no es traidor”, otro dicho, pues de lo contrario recibía su castigo: se le embadurnaba de brea el cuerpo para cubrirlo de plumas, se le colocaba un par de cuernos en la cabeza y se le paseaba con escarnio por las calles mientras su esposa, la infiel, le azotaba. Había un tercero en la procesión, un funcionario que a su vez azotaba a la infiel. O sea,

que todos recibían por algún lado. Tercer dicho: “además de cornudo, apaleado”. Mientras duraba el paseo, el público cantaba una canción:

*Soy de la opinión del cuco,
pájaro que nunca anida;
pone el huevo en nido ajeno
y otro pájaro lo cría.*

Como colofón, otro par de cuernos se colgaban en la puerta de los protagonistas de la historia.

Visto el origen, hay que darse con un canto en los dientes y agradecer la evolución. En primer lugar porque la infidelidad sexual consentida no me parece que tenga ninguna gracia. En cualquier caso no la llamaría infidelidad, sino pacto para compartir genitales y humedades varias, o un acuerdo para conocer gente y ampliar la agenda más allá de las redes sociales. Y si el consentimiento mutuo se justifica con ingresos extras, la calificaría como un sueldo que no cotiza. Gran idea, por cierto. Al fin y al cabo la infidelidad carece de epígrafe fiscal, con lo que está exenta de impuestos. ¡Caja B! Para penalizarla, los recaudadores deberían perseguir a los infieles, corroborar sus acciones y rastrear sus gastos.

La segunda suerte es que entre los encantos de la infidelidad están la aventura, el misterio, la adrenalina y la discreción. Los tres primeros entiendo que deberían ser universales. El cuarto tiene que ver con la ética, un concepto indisoluble de la estética. Se puede ser infiel, por supuesto, pero el buen estilo ha

de estar siempre presente. Si la ética es el resultado de razonar los sentimientos, y la estética es la forma como se exterioriza el sentimiento, está claro que la ética se manifiesta a través de la estética. La mayor diferencia entre ambos conceptos, es que la ética es la misma siempre, mientras la estética varía y es dependiente del contexto histórico en que se desarrolla.

La tercera cuestión que hay que agradecerle a la evolución es que ya nadie está obligado a colocar una cornamenta en la puerta. Básicamente porque el paisaje se convertiría en un circo taxidermista y los diferentes departamentos de urbanismo no darían abasto, con lo que los contribuyentes terminaríamos financiado con nuevos impuestos unos cuantos sueldos oficiales extra y de eso ya va España sobrada. En cuanto a lo de apalear al cornudo por desconocimiento de sufrir infidelidad... Sin palabras, solo contabilizando la cantidad de mujeres infieles que conozco.

Para los que empiezan los libros por el final, paso a listar las condiciones que han de darse para cometer infidelidad con estilo y que no son sino las conclusiones a las que he llegado después de escuchar relatos ajenos y de recordar los propios. Un detalle a tener en cuenta antes de continuar: se es infiel a quien forma parte del compromiso de pareja estable, porque ser infiel al “pasapalabra” de turno es de imbéciles. Al que está de paso se le sustituye, pero ahí no se da, o no debería darse, infidelidad. Aunque en realidad, con franqueza, la infidelidad solo se da si hay amor, y ese sentimiento no siempre se comparte con la pareja oficial y sí a menudo con la oficiosa.

Decálogo para ser infiel mirando cómo y con quién:

1. Mantener en el centro de nuestro universo lo que realmente merece la pena para no cargarse las bases de una pareja.
2. Valorar y asumir de antemano el riesgo de la infidelidad.
3. Enterrar el sentimiento de culpa.
4. No hablar nunca entre sábanas ajenas de la otra parte de la pareja estable.
5. Excluir al amante de círculos que conozcan a la pareja estable.
6. Optar por una buena lectura o una buena película antes que por una aventura mediocre.
7. La pareja de la amiga/o no existe como objeto de deseo (si es posible).
8. Un secreto deja de serlo cuando se comparte.
9. Evitar perfumes que puedan complicarle la vida al otro*. El amante también merece respeto y un comportamiento estético.
10. Mantener siempre en perfecto estado la colección de ropa interior.
11. Considerar el dolor ajeno por encima de cualquier momento de placer. Incluso el que se puede causar a la pareja del amante.

(*Cuidado con el punto 9 porque conozco a un tipo que le regala a su mujer el mismo perfume que a su amante).

Constatadas las diez normas básicas, solo me queda añadir que si la infidelidad se descubre es fundamental, ante la evidencia, optar por reconocer los hechos con valor antes que negarlos con absurdas y ofensivas divagaciones.

Si se respetan las normas, difícilmente ser infiel complicará la vida a alguien y todo quedará en momentos de placer personal que pueden incluso aportar poesía a lo más prosaico de la convivencia. Dicho de otra forma, de nuevo la estética está al servicio de la ética. Personalmente ya he aprendido que nadie va a vivir mi vida por mí y que tengo la obligación de ser feliz en la misma medida que la tengo de no destruir al prójimo. Que nadie piense que es tarea fácil.